

LA NOVELA FILM

N.º 35

30 cts.



GORRIÓN DE CIUDAD

LA NOVELA FILM

Revista de Cine y Literatura
Apuntes de la Biblioteca de la Universidad de Barcelona

Nº 1

Barcelona, 1934



La Novela Film



W. R. CLAYTON

THE NOVEL FILM

SELECTIONS

SELECTIONS, S. A.

PROGRAMA

Imp. Vda. de J. Sanjuán Vila
Urgel, 7. - BARCELONA

LA NOVELA FILM

Redacción | Lauria, n.º 96
Administración | BARCELONA

AÑO I

N.º 35

GORRIÓN DE CIUDAD

FINÍSIMA COMEDIA, INTERPRE-
TADA POR LA SIMPÁTICA ARTISTA
ETHEL CLAYTON

PARAMOUNT PICTURES CORPORATION

EXCLUSIVA DE
SELECCINE, S. A.

PROGRAMA
• AJURIA •

LA NOVELA FILM

Barcelona
Luz de N. 80
Barcelona

N. 80

Prohibida la
reproducción

RIÓN
DE CIUDAD

PROGRAMA

CLAYTON

PROGRAMA

PROGRAMA

SELECCIONES S. A.

PROGRAMA

ALFALA



Corrión de Ciudad

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Escondida modestamente entre las viejas mansiones de Nueva York, estaba la casa de huéspedes de la señora Babb, cuyos inquilinos eran en su mayoría gente de teatro.

Milly Vest, una de las pensionistas de dicha señora Babb, era una bailarina que, tras largos años de lucha y de trabajo, no había conseguido salir de las filas de las artistas de Variedades, aunque la querían y la aplaudían los públicos del Broadway.

Tom Ennis, recién llegado de una aldea para buscar un empleo en la ciudad, se enamoró de Milly apenas la viera en la casa de huéspedes, pero, a pesar de sus constantes suspiros, no había modo de que bajara de peso.

La señora Babb tenía un aire feroz, pero un alma de paloma, y era gruñona protectora de todos los que tenían hambre y de todos los que sufrían.

Milly se hallaba al lado de Tom en la mesa, pues éste supo apañarse de manera que tuviese la dicha dos veces al día, de sentirse muy cerca de la mujer que había interesado su gran corazón.

Milly no le hacía más caso que el que el compañerismo y el trato diario le permitían hacerle. Sin embargo, Tom tenía esperanzas, tantas como apetito.

— ¡Había que ver lo que comía!

Si sus vecinos de mesa no tenían muy abiertos los ojos, Tom sabía enseñarles a vivir, pues era un picaplatos de cuidado.

La señora Babb comprendió, a los pocos días de tenerle en su casa de huéspedes, quién era Tom, y no le quitaba la vista de encima durante las comidas.

— ¡Por Dios, señor Ennis! ¿A quién se le ocurre comer cebollas con pastel de ciruelas?— le objetó, tal que una madre a su hijo, cierta tarde.

Ennis, sin sofocarse, hizo como quien obedecía, pero terminó de acompañar el postre con el resto de unas cebollas tiernas, engulléndoselo todo vorazmente.

Como quedara aún con gana, Tom se apoderó del pedazo de pastel de su vecino, aprovechando su distracción charlando con otro, pero cuando se disponía a vaciarlo en su estómago, el interesado, al percatarse de la sustracción, se lo impidió.

— ¿Dónde, caramba, demonio, ha ido a parar mi postre?

Tom renunció al gusto de comerse el pastel, y contestó:

— Usted dispense, sólo se lo estaba guardando mientras hablaba usted.

El vecino miró con mala cara al obeso, y en adelante "vigilaba" sus raciones, por si éste se las quisiera guardar...

Milly, compadecida de Tom, que no se sentía nunca lleno el buche, pues el muchacho debía ganar poco y no le llegaban los cuartos para darse atracones formidables a todas horas, renunció a su pastel para dárselo a él.

— Toma, guardame el mío, Tom.

— No, no, Milly... De ningún modo... Fue una broma que yo gasté al señor... No vayas a creerte que soy un goloso.

No me lo comeré, Tom. Y como no me gusta desperdiciar nada...

— En este caso, acepto complacerte.

La señora Babb no pudo menos de decir:

— Me parece que Tom es de los que comen hasta piedras.

— Tendrá usted razón, señora Babb, pero fijese usted que soy un anuncio vivo de lo bien que se come en esta casa. Pocas dueñas de casas de huéspedes pueden presentar en la puerta a un inquilino tan bien cebado y rozagante como yo— contestó Tom muy oportuno.

Después de la comida, en el momento en que la artista iba a marcharse hacia su trabajo, Tom le salió al paso.

— Milly, permítame que te acompañe al teatro...

—No, Tom, ya te dije que yo soy muy seria en todos mis actos. No insistas, pues, en lo que yo no he de aceder.

—Milly, por lo que más quieras, prométeme que serás mi esposa... Mira que si me dices que no, soy capaz de una barbaridad.

—Tom, no dices más que tonterías.

—¡No puedo vivir sin ti! ¡Estoy desesperado!

—No seas chiquillo... Tus padres no te habrán enviado a la ciudad para que pierdas el tiempo. Los tiempos están muy mal. Trabaja, y cuando tengas algo firme y productivo, piensa en otras cosas, en una mujer casera que sea buena, como tú, que mucho lo eres, que cuide de ti... y que sepa cocinar.

—Entonces ¿tú me desprecias?

—Eres un tonto.

Herido, casi muerto, por el desengaño, Tom se preparaba a aniquilar noventa y cinco kilos de carne humana, suicidándose honritamente con gas del alumbrado.

Antes de sentarse en un sillón y esperar estoicamente a la descarnada, dijo a un retrato de la mujer por quien iba a morir:

—No quisiste aprovechar la oportunidad, Milly, y ahora tendrás toda una vida de remordimiento.

Luego, pensando en su madre—pues padre no lo tenía—, se despidió de ella, redactándole la siguiente carta:

Querida mamá:

"Cuando leas estos renglones habré dejado de existir. La bailarina de que te hablé me ha

dado calabazas. Como no puedo aguantar el terrible desengaño, me mato.

"Tu hijo, que no te volverá a ver.

"Tom."

Escrita esa carta, salió de su cuarto, y al primer vecino que vió entregósele rogándole que la echara al buzón de correos.

Entretanto, en el teatro, Milly esperaba que llegase el turno de su número.

Hugo Ray, compañero de aquélla en los bailes exóticos, se mostraba, hablando con un amigo en su camarín, satisfechísimo de la colaboración de Milly.

—Baila muy bien, y es una excelente artista mimica. El número que hacemos ella y yo, gusta más cada día... Sin duda que el año entrante conseguiremos un contrato mejor.

A poco, salían a trabajar Milly y Hugo.

Representaban un cuadro apache.

Milly, Gosette en el *sketch*, había aceptado beber en compañía de un cliente de la taberna que frecuentaba.

Hugo, que hacía el papel de "amigo" de Gosette, se disputaba con el parroquiano que estaba con ella.

Luego, libre Hugo del rival, bailaba con Gosette una danza original, de habilidad y fuerza, pues tenía que levantar en sus brazos a Milly varias veces y hacer otros ejercicios más.

Pero aquel día Milly tuvo la desgracia de distraerse un poco, involuntariamente, y Hugo, sin querer, la mandó a rodar sobre el tablado.

La caída que hizo la artista fué tremenda.

A consecuencia de la misma sufrió un agudo desvanecimiento y se produjo graves heridas.

Aquel accidente hizo que Milly tuviera que pasar largas y penosas semanas en el Hospital



Representaban un cuadro apáche.

donde fuera trasladada para su curación.

Durante todas esas semanas el amigo de Tom había llevado en el bolsillo la carta que él le encargó que pusiera en el correo, y cuando se dió cuenta de ello no tuvo otra idea sino mandarla, aunque con retraso, y sin avisar al que se la diera.

Porque hemos de decir que Tom no se había suicidado.

¿Le había faltado valor?

No se puede afirmar que sí, pues en realidad parecía dispuesto a perecer asfixiado aquel día que Milly le diera el terrible desengaño.

Lo que pasó fué que el rumor de unas voces



...tenía que levantar en sus brazos a Milly y hacer otras ejercicios más.

conocidas en la habitación contigua a la suya le llamaron la atención. Escuchó suspendiendo el aliento, y convencido de que los vecinos jugaban a los naipes, venció en él el deseo de ir a jugarse unos billetes para ver si hacían cría.

Por supuesto que lo perdió todo, hasta varias corbatas y otros efectos, al estilo de los

estudiantes que adolecen de ansias de saber, pero que son peritos en el "arte" de tirar de la oreja a Jorge.

Como una cosa no se hace si se piensa un poco, Tom renunció a matarse, y seguía tan gordito y campante como siempre.

Al olvidarse de matarse olvidóse también de la carta que escribiera a su madre y que como se sabe apenas salía hacia destino.

Milly podría salir del Hospital muy en breve. Así se lo había dicho el médico, pero también le hizo una revelación de suma trascendencia.

—¿Está usted seguro, señor doctor, de que esta lesión no me impedirá seguir bailando para ganarme la vida?—preguntárale ella al cirujano.

—No la impedirá a usted bailar... pero...

—¿Qué, doctor?...

—Pero, si algún día piensa usted en casarse, tenga en cuenta que jamás podrá usted ser madre.

Milly ahogó una exclamación de dolorosa sorpresa, y vivió interminables horas de melancolía a la sola idea de no poder llegar a gozar, un día más o menos cercano, de las caricias de un tierno ser de su vida...

Lejos de las luces deslumbradoras y de la febril agitación de Nueva York, anidaba, entre colinas, la aldea de Springdale, donde estaba la pequeña propiedad campestre de los Ennis.

Como eco de las tempestades de la vida neoyorquina, llegó la retrasada carta de Tom a manos de su madre, la cual se aprestó a leerla con gran alegría.

La propiedad inmediata pertenecía a David Muir, íntimo de la familia Ennis y compañero de Tom desde la infancia, aunque con muy distintas inclinaciones y gran amor al terruño.

Enterada de la "trágica" carta de su hijo, la madre de Tom, casi loca de espanto levantó sus brazos en alto y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Ay, hijo de mi alma! ¡Socorro! ¡Socorro!

Acudió, alarmado, David.

—¿Qué pasa, señora Ennis?

—¿Qué desgracia, David, qué desgracia! Lea, lea...

El campesino impúsose del contenido del escrito de Tom, y como se fijara en la fecha en que fué redactado, no temió que su amigo hubiese llevado a término su descabellada idea. Por esta razón dijo a la desconsolada vieja:

—Si le hubiera pasado algo a su hijo, a estas fechas ya lo saldríamos por otro conducto... No se apure usted... Iré a Nueva York a averiguar lo que ha ocurrido y a sacarlo de la compañía de esos cómicos y cómicas...

—¡Oh, David, qué bueno es usted! Si, vaya a salvar a Tom; es el único ser querido que me queda.

—No se aflija, señora Ennis. No creo yo capaz a su hijo de cometer la tontería que anuncia la carta. La debió escribir en un momento de exaltación... y después, como si lo viera, ni pizca de recuerdo habrále quedado de su estúpido arranque.

—Dios le oiga a usted, David.

En la mañana en que David llegó a Nueva York, Milly, que había sido contratada en un restaurant donde debía aparecer por primera vez por la noche, creía tener ya suficientes fuerzas para intentar un ensayo de su número.

Cuando llamó David a la puerta de la casa de huéspedes, Milly, que no estaba aún preparada para salir, dijo a la señora Babb:

—Será Hugo que viene por mí para llevarme al "Restaurant Garof". Dígame usted que estaré lista dentro de un momento.

David se presentó a la señora Babb y preguntó por Tom.

La dueña iba a contestarle, mas en esto apareció Milly vestida de calle.

—¡Ah, no era Hugo quien llamó!

—Es un amigo de Tom, Milly.

—¡Qué bastón tan raro, señor!

—Sí, señorita, lo traje de Springdale, para tener cerca algo del campo...

—¡Caranha! Eso es tenerle amor a la tierra...

—Mucho...

—Es verdad... Parece que guarda aroma de praderas y de flores... y me trae a la imaginación los días de mi infancia.

—Entonces conoce usted el campo?

Hace muchos años de eso... y sin embargo, parece que veo las praderas de esmeralda... y los granados en flor... y el río... ¡Bah! Aquello ya pasó...

David miraba a Milly con extrañeza. Si bien sus labios rojos de colorete y sus ojos sombreados con lápiz no le inspiraban simpatía por

el hecho de ser su atracción artificial, la entonación de su voz en sus remembranzas y su dulce mirar tenían un encanto, un no sabía qué arrullador...

Hugo llegó a poco, y quedaron a solas la señora Babb y David.

Antes de marcharse con Milly, Hugo ha-



—Es verdad... Parece que guarda aroma de praderas y de flores...

hale preguntado a su pareja, con aire burlón:

—¿De dónde ha salido el labrador ese?...

Milly encogióse de hombros... evitando ocuparse, como cosa de risa, del campesino.

La señora Babb puso en antecedentes a David de la vida que llevaba Tom, y le explicó clara-

mente dónde trabajaba éste, para que pudiera con facilidad encontrar la casa.

Tom tenía un empleo original que consistía en demostrar las ventajas de cierta clase de muebles, para diversión de los transeúntes que se detenían ante el escaparate de la tienda.

Y David mandó un telegrama tranquilizador a la madre del despreocupado amigo, y se reía, para sus adentros de lo excéntrico que resultaba ser el exuberante Tom.

Entretanto Milly había ensayado su número con Hugo, pero había abusado de sus fuerzas, y a su regreso en la casa de huéspedes ayudó a la señora Babb en algunos trabajos caseros, pues se le portara como una madre durante su estancia en el Hospital, pero no pudo evitar que se le notara un extraordinario cansancio.

—Todavía no está repuesta, Milly, y hace mal en trabajar demasiado!... Deje usted esa ropa. Ya se la plancharé yo, como es mi obligación... Usted necesita descanso. Váyase a su cuarto.

—No puede ser... Hoy es mi debut en el "Restaurant Garofi".

Necesitando reponerse algo antes de la noche, Milly se retiraba a su habitación para echarse un rato sobre la cama, pero al pasar por el recibidor de la casa vió el bastón campestre en el paragüero y lo cogió para contemplarlo otra vez entre sus manos.

David, de vuelta de ver a Tom y de mandar un parte a la señora Eanis, sorprendió a Milly acariciando la vara sin desbistar.

—Le extrañará a usted tal vez mi admiración por esta rama que conserva aún algún vestigio de su fecundidad, y no hay por menos. Dulces recuerdos de mi infancia brotan de mi espíritu al contacto de ella. ¡Yo he sido tan feliz en mi infancia en el campo!

—Si no es una torpeza hacerlo, gustoso le ofrezco este bastón...

—No, gracias... Creo que estoy un poco enferma.

David vió desaparecer lentamente a Milly hacia su cuarto, y le dolía que ella no fuera feliz.

La señora Babb, que presenciara aquella escena, dijo a David, tristemente:

—Y pensar que la pobrecilla tiene que ir a bailar al "Restaurant Garofi" esta noche!...

—Qué lástima! Parece tan buena!...

—Y que lo diga usted, señor Muir. ¡Es un ángel!

David esperó la llegada de Tom, que se hizo esperar como nunca, como cosa convenida para dar tiempo a aquél de pasar revista a los adornos propios de un cuarto de soltero.

Milly se preparaba, en su camarín del "Restaurant Garofi", para debutar. No estaba precisamente de humor para actuar, pues se sentía muy triste y bastante preocupada al verse pálida y ojerosa en el espejo, pero el deber era el deber y era necesario ganar dinero para poder vivir.

- Al fin apareció Tom ante David.
 —¡Cuánto me alegro, chico!
 —Sí, ¿verdad?
 —¿Qué milagro que tú estés aquí! ¿Qué tal mi madre?
 —Pues, bien... Te traigo muchos recuerdos.
 —¿Y qué? ¿Has venido para arreglar asun-



Milly se preparaba para debutar.

- tos, o para echar una cana al aire?
 —¿Qué es eso de la cana?
 —¡Unos palmos de libertad! ¡Ah, David!
 ¡Springdale será muy bonito, pero esta es una ciudad de veras! ¿Qué de diversiones! ¿Teatros todos los días!
 —Por tu galería de retratos veo que tienes muchas relaciones en el teatro.

- Sí señor, aunque me esté mal el decirlo... y aquí tienes a la reina de todas ellas...
 David vió en el retrato que Tom le señalaba, la imagen dulcísima de Milly, y sonriéndole dijo a su amigo:
 —¿Es esta la artista por la cual estabas dispuesto a suicidarte?...
 —¿Cómo?
 —Y por la que escribiste a tu madre esta carta?
 —¡Caramba! He tenido tantas cosas que hacer, que se me había olvidado esto. ¿Qué ha dicho mi vieja?
 —No se puso a bailar, te lo aseguro.
 —¿Enternó acaso?
 No llegó a ese extremo porque yo, que sé que tú eres un pájaro, la consolé prometiéndole que no te suicidaste.
 —Estuve a punto...
 —Pero no lo hiciste...
 —Porque la dueña de la casa cerró la llave de paso del gas.
 —¿Estando tú en el cuarto?
 —No... ¡aprovechando mi ausencia!
 —Con abrírla de nuevo...
 —¡Qué! Tú no conoces a esa señora. Si reincido, es capaz de *matarme*.
 —¡...!!

Milly recibió una calurosa ovación al presentarse ante el público del restaurant.

Atraído por la imagen de aquella bailarina cansada y enferma y que soñaba con el campo en flor, David fué a verla trabajar.

Tom no iba con él, pues ciertos "lios" con falda no lo dejarían libre hasta unas horas después.

Durante su actuación de debut, Milly sufrió un ligero desmayo, y David, tal que si ella fuera algo suyo, apresuróse a auxiliarla.

—Yo sé dónde vive, y la llevaré a su casa—dijo a Hugo y a los demás que la quisieron socorrer.

Milly volvió en sí, y la presencia de David le inspiró confianza.

—Ya mandé traer su abrigo, señorita—le dijo él.

El dueño del restaurant quería oponerse a que Milly abandonase su trabajo.

—No puede irse ahora. Todavía le faltan dos números.

Pero David apartó de Milly al interesado individuo, midiéndolo severamente para que no insistiese en su pretensión.

Hugo se disponía a acompañar a su pareja a la casa de huéspedes, mas Milly le dijo:

—No te preocupes por mí, Hugo... El señor Muir me conducirá a la pensión.

David, agradecido por la prueba de confianza que le dispensaba en aquella ocasión Milly, ponía sus más tiernas atenciones en apoyar sobre su pecho a la delicada mujer.

—Es un gorrioncito que necesita de aire puro y de cantos alegres—pensaba con dulzura.

Y quisiera ser él el afortunado mortal en cuyas manos cayese el pajarillo abatido, para devolverlo a la vida.

Ya en la casa, Milly comprendió que era preciso renunciar a la lucha, por lo menos mientras no repusiera su salud.

—Lo que necesita usted, señorita, es descanso, un largo reposo en el campo—le aconsejó la señora Babb.

Y David:

—¿Por qué no ir a pasar una temporada a Springdale?... Precisamente es el sitio que le conviene... Es ideal...

—¿En un hotel de aldea?—preguntó Milly.

—En Springdale no hay hotel, señorita—prosiguió David—, pero estoy seguro de que el maestro del pueblo y su hija la recibirán a usted con mucho gusto en su casa, como huésped... Él, es un viejo muy simpático, y ella una muchacha encantadora; será una buena amiga para usted.

—Tiene razón el señor Muir. No debe usted pensar en trabajar por ahora... Sería un crimen—dijo la señora Babb.

—¿Está usted seguro de que me recibirán?—inquirió Milly a David.

—Segurísimo. Cuando yo se lo digo, señorita...

—Pues bien; no sé como han conseguido ustedes convencerme, pero el caso es que estoy completamente decidida a ir a pasar en Springdale una temporada de descanso.

—Yo parto al amanecer, porque a mí la ciudad no me interesa como a Tom.

—¿Qué chiquillo es su amigo!—exclamó Milly.

Y la señora Babb:

—Garantizo que comiendo se porta como tres hombres juntos.

Al día siguiente, en Springdale, el maestro y su hija recibieron una sorpresa con la lectura de un telegrama dirigido al primero y cuyo texto decía:

"Roberto Neil—Springdale.

"Llego esta noche con señorita que hospedarán con ustedes.

"David Mair."

Milly iba a Springdale en compañía de David cual si lo hiciera con algún pariente amado o amigo de toda confianza... En el tren, un tanto mareada por el continuo traqueteo, apoyó su cabeza en un brazo de su acompañante, y cada vez, en cada nuevo gesto y en cada mirada de Milly encontraba David algo encantador, sugestivo, atrayente.

Y se sentía feliz...

El recibimiento que le fué dispensado a Milly por los dos amigos de David no pudo ser más cariñoso.

La hija del maestro, Elena, humilde violeta, bondadosa y con un carácter de oro, consideró a Milly desde el primer momento como una buena amiga, sin preocuparse de quién era, qué representaba para David ni del motivo de su rápida aparición en la aldea.

David hablaba, aparte, con el maestro, agradeciéndole su conformidad en recibir en su casa

a Milly, y poniéndolo al corriente de su personalidad.

—Ya sabe usted, amigo Mair, que en esta casa se le considera a usted como de la familia, y que abrir su boca y atenderle nosotros es lo que usted se merece.

—Muchas gracias, señor Neil.

Elena dijo a su amigo, al terminar éste su plática con el maestro.

—David, precisamente estaba yo hablando a la señorita Milly del día de campo que tienen los niños, mañana.

—Muy oportuno.

Me hubiera dado mucha pena que no llegaras a tiempo para tomar parte en él... Papá no está ya para estas andanzas. Con el trabajo de la escuela tiene de sobra... ¿Tú me acompañarás, verdad?

—Como siempre, Elena, como siempre.

Milly no pudo evitar que una sombra de tristeza velara sus pensamientos al ver la simpatía que se demostraban Elena y David, mas pronto se esfumó aquella... y acercándose al noble campesino, que le sonreía como preguntándole si no echaría de menos la ciudad, le dijo:

—Es usted muy bueno... y estaré aquí muy contenta y feliz, David.

Al día siguiente, cuando trató de prepararse para tomar parte en el día de campo, Milly

descubrió que su guardarropa de Broadway no tenía ninguna utilidad para el caso.

Elena le prestó un vestido suyo, con el cual estaba hermosísima Milly, a los ojos de David.

La madre de Tom, puesta al tanto de lo que hacía en la ciudad su hijo, tranquilizóse por completo, y le hizo reír con ganas la ocurrencia que había tenido su vástago, en ponerse a ofrecer muebles al público ensalzándole sus ventajas, y demostrándoselas con la mayor frescura del mudo.

— Yo siempre dije que mi hijo tendría muchos admiradores!

— Y no anduvo usted desacertada. ¡Los tiene a miles!

El día de campo llenó de gozo el alma de Milly.

— ¡Qué hermoso es todo esto! Tal como lo recordaba yo...—decíale a David.

— Quien aprende a amar la tierra, no se aparta jamás de ella, pues doquiera que uno vaya, siente la nostalgia de lo "suyo"... y vuelve.

De pronto, unos gritos de los chiquillos para solaz y esparcimiento de los cuales se hacía la fiesta, llamaron la atención de Elena, Milly y David.

— ¿Qué es eso, niños?—preguntó Elena, que estaba algo separada de David y Milly.

— En el riachuelo se bañan Enriquín, Pepin y Tomasin. Nosotros lucimos nudo en sus camisas y echamos a correr, pero Billy cayó y se lastimó la rodilla.

— ¡Pobrecito! ¿Y por qué hicisteis eso a



— ¡Qué hermoso es todo esto! Tal como lo recordaba yo...

vuestros compañeros? Esas bromas son de muy mal gusto y el más inocente suele ser siempre el que paga por los culpables. Sed formales, que ya sois unos hombrucitos. ¿Os hubiera gustado que aquéllos a quienes vosotros habéis arrugado sus camisas hicieran lo propio con las vuestras? Temeráis el rigor de vuestros padres, que os quieren siempre aseados, ¿no es verdad? Id a pedirles perdón... y que el arrepentimiento por la herida de Billy o sirva de lección.

Los niños reprendidos obedecieron cabizbajos a la hija del maestro, y ésta, contemplándola admirativamente Milly y David, sentó a Billy sobre su regazo para curar su herida de la rodilla.

Billy era un huermanito abandonado que vivía al amparo protector de los vecinos de la aldea, que se turnaban para agasajarlo, pero él tenía notable preferencia por David Muir.

—¡Quiero con David!—lloriqueó a Elena.

El campesino, enterrecido como las dos mujeres por la desgracia de la orfandad del pequeño, lo tomó en sus brazos, y a poco el niño olvidábase de su dolor gracias a las caricias de David y Milly.

Creo que usted ama a los niños tanto como yo—le dijo a Milly David.

—Sí; los adoro.

Por la tarde, Milly entretenía a los niños con cuentos de hadas.

Mientras, Elena y David preparaban la merienda general.

Milly se puso otra vez triste ante la intimidad de aquéllos, y no pudo menos de acercarse a la "mesa o-mpestre" para ayudarles en algo.

—No se moleste usted, Milly; Elena y yo somos peritos en esta materia—le dijo David.

Y la tristeza de Milly fué mayor al considerar que la creían incapaz o ignorante de cosas caseras.

Pero la alegría que veía en David cuando le tenía a su lado, desechaba sus temores de que anduviese enamorado de Elena...

Algunos días después, Milly, transformada por la vida en plena naturaleza, era dichosa y se encontraba mucho mejor.

David la estuvo estudiando a fondo y un vehementemente desco acaparaba su ser. Amaba a Milly, ella era la elegida de su ingenuo corazón, y sólo no separándose más de su gentil persona podría vivir feliz en adelante.

Tom había llegado inopinadamente a la aldea tan pronto supo, por la señora Babb, que Milly estaba en Springdale. El desengaño de un tiempo atrás no había sido demasiado elocuente para hacerle desistir de su pretensión amorosa acerca de Milly, y seguía teniendo esperanzas.

Pero se llevó chasco otra vez. Saltaba a la vista que David quería a Milly y que ésta no se encontraba mal a su lado.

Los había visto fuera de la casa del maestro, riéndose los dos haciéndole monerías a un gorrioncito. David le dijera a ella, un poco antes, que la amaba. Se lo dijo con toda su alma y ella, asustada de tanta dicha de golpe, no supo

hacer más que salir de la casa hacia el campo. Corrióle detrás David, y gracias al gorrioncito pudo, acariciándole a él, acariciar las manos de Milly, hasta juntarlas con las suyas y sentir mutuamente que el fluido de su amor se transmitía a sus venas.

Tom, atraído por el olor de una golosina



Los había visto fuera de la casa del maestro, riéndose los dos haciéndole monerías a un gorrioncito.

entró en la cocina de la casa del maestro, donde encontró a Elena confeccionando un rico postre.

—¡Hola, Tom! ¿Eres tú?

—A la vista está, Elena. ¿Te sorprendió mi llegada? Chica, qué perfume tiene "eso".

—Es una especialidad mía.

—¡Cuántas rosquillas he robado en esta cocina, cuando era pequeño!

—Añade las que me vas a sustraer ahora...

—Si no te sabe mal...

—Cómete algunas... pero no todas.

—¡Mujer!

—¿Te gustan?

—Es para morirse de gusto.

—¿Qué miras ahí?

—Pues se me ocurre una idea... La única manera de hacer estas rosquillas más sabrosas, sería suprimir los agujeros.

—¿Anda, tonto!

—¡Ay, Elena!

—¿Qué te pasa?...

—Me han destrozado el corazón!... ¿Qué desgraciado soy!

—¿Por qué?

—Esos, míralos, Milly y David, se aman!

—Yo se lo apruebo.

—Es que yo... estuve a punto de matarme por ella.

—¿Tú?... Vamos, hombre, no seas ciego... ¿Si tú eres todavía un niño!

—¿Yo?... ¡Caramba, Elena!...

—Anda, ve a ver a tu madre, que quiere hablar contigo. Preguntaba por ti hace un momento.

—Ya voy ya, pero yo sabré demostrarte que soy todo un hombre.

—Bueno... esa no es una razón para que te lleves mis rosquillas... como los chiquillos.

—Eres tan buena, Elenita...

—Deja, deja las rosquillas... Ya nos conocemos de tiempo tú y yo.

—Volveré.

—Haces bien en avisarme.

♦ ♦ ♦

Habiendo accedido Milly a los deseos de David, que se resumían a quererla por esposa, el campesino entró con ella en la casa y le dijo al maestro:

—Milly acaba de consentir en casarse conmigo.

—¡Ah! Es una buena noticia para mí. Lo celebro, amigos míos.

Gracias, señor maestro. Nunca como ahora tuve tantas ansias de vivir.

—Lo comprendo, gran muchacho.

—Nos queremos con toda nuestra alma, ¿verdad Milly?

—Si no fuera así, no nos querriamos, David.

—Tiene razón Milly, David. Hacen ustedes muy buena pareja. Elenita se alegrará mucho... aunque ella ya había previsto este resultado. David será un excelente marido, fiel y trabajador... y con su amor a los niños, un padre ejemplar...

Al oír estas últimas palabras, Milly recordó lo que le dijera, no hacía mucho tiempo, en el Hospital, el doctor que sanó sus heridas:

“... pero, si algún día piensa usted en casarse,

tenga en cuenta que jamás podrá usted ser madre”...

y se puso muy triste. Ella no podría proporcionar a David la inefable ventura de la paternidad, y eso sería matar su más cara ilusión, amando como amaba a los niños.

En este momento, inopinadamente, apareció



—Milly acaba de consentir en casarse conmigo.

en la casa del maestro, Hugo, que iba en busca de su compañera de baile, pues desde que ella le faltaba el éxito le había vuelto la espalda.

Apenas le viera, David le dijo al danzarin:

—La señorita Vest y yo vamos a casarnos.

Después los dejó solos, por si tenían que ha-

blar de antiguos asuntos, marchándose con el maestro a dar la noticia a Elena.

A solas con Milly, preguntóle Hugo:

—¿Es cierto lo que me ha dicho? ¿Ite vas a casar?

—No lo sé ya, Hugo... Esa era mi intención hasta hace un momento... pero ahora, quizá regrese pronto a Nueva York.

—Ven conmigo. Tengo una idea magnífica para un número de baile.

—Déjame reflexionar, Hugo... Dame tiempo... Si me decido a volver a las tablas, contaré contigo antes de nada.

—Yo debo regresar. Quisiera que volvieras para trabajar conmigo.

—Ya veremos, Hugo. ¡Adiós!

Partió Hugo en el auto en que llegara a Springdale, y Milly reflexionó lo que debía hacer.

Llegó la noche, y Milly no podía aún resolver el problema.

Era ya algo avanzada la hora cuando Hugo reapareció en la casa del maestro, con una linterna en la mano.

—No quise pasar sin verte, Milly.

—¿Adónde vas tan tarde y con esa luz?

—Voy a buscar una vaca que se perdió, con su becerrillo, en el monte. ¿No te acuestas?

—Sí, ahora...

—Hasta mañana, novia adorable...

—¿David!...

—¿Qué te pasa? ¿Tienes alguna preocupación?...

—No... Estoy siempre pensando en ti. No tengo otro pensamiento.

—No tardes en irte a la cama. Hasta mañana, preciosa.

Milly vió alejarse a su novio hacia el monte, y se reprochaba no haberle revelado ya su secreto.

—Oh, David! No sería justo—murmuró.

Y, enemiga de privar al noble campesino de algo a que tenía derecho, tomó una determinación.

Al día siguiente, cuando David fué a la casa del maestro para ver a su novia, encontróse con esta carta suya:

"Querido David:

"Muchas veces me has llamado "gorrión de ciudad." Eso soy. Me atraen el torbellino y los aplausos de Broadway. Por eso me voy. ¡Adiós!

"Milly."

—Señor maestro, por lo que usted más quiera, dígame por qué se marchó Milly.

—No lo sé, David; lo cierto es que Morris, el cochero, acaba de decirnos que la llevó ha poco a la estación. Mi extrañeza, y la de mi hija, es tan grande como la tuya.

David, anhelante de volver a tener a su lado a Milly, lanzó su modesto auto hacia la estación.

—¿Eh, David!—le gritó el pequeño Billy.—¿Yo quiero ir contigo!

Detúvose David, metió al pequeño en el coche, y reanudó la carrera hacia donde podía tal vez encontrar a Milly.

—¿Ha visto usted a la señorita Vest?—preguntó, en llegando, al jefe de la estación.

—Como el tren viene con una hora de retraso, se fué a esperar hacia la orilla del bosque.

David se precipitó al sitio que le indicara aquél.

—¿Qué le pasa a David?—preguntó el jefe al pequeño.

—¡No me diga nada! Tenemos una barbaridad de preocupaciones!

David encontraba a Milly, turbándose ésta visiblemente.

—Milly, no puedo creer en lo que me dices en tu carta... Háblame con franqueza.

—No me preguntes nada, David. Eso sólo aumentará nuestra pena.

—Si ha habido algo en tu vida pasada, Milly, que prefieres no decirme, no te afijas, que nada te preguntaré.

—No, David...

—No me importa lo que pueda ser, eso que tanto te preocupa, sé que eres buena ahora, y esto me basta.

—¿Qué bueno eres, David! Pero no se trata de nada de eso... Te diré toda la verdad, y tú decidirás.

—Difícil le fué a Milly decidirse a hablar claro, pero la nobleza de David y su propia nobleza la estimularon en el apuro.

—... Después de mi accidente, el médico me dijo... ¿Y tú adoras tanto a los chiquillos!...

—¡David!—gritó Billy—. ¿No nos quitarán el auto si lo abandono?



—Billy, dínos... ¿quisieras ser nuestro hijo... y vivir con nosotros?

—Ven aquí, pequeño.

—¿Va estás alegre, David?

—Mira, Milly, a esta criaturita sin amparo fijo. Billy necesita una madre y un padre...

—David!...

—Billy, dínos... ¿quisieras ser nuestro hijo... y vivir con nosotros?

—Sí, sí! ¡Bravo! ¡Yo os querré mucho!

—¿Aceptas, Milly?

Ella no le contestó nada... pero le miraba con lágrimas de agradecimiento en los ojos y sus manos buscaron las del hombre amado.

Billy, hombrecito de acción, se apartó de ellos diciéndoles:

—Voy a recoger mis cosillas de casa Lucas, y en seguida estoy en la vuestra, *papaitos*.

Y como ya no había nada de por medio... Billy—para estorbar su amor, David y su futura mujercita se abrazaron tiernamente.

FIN

(Prohibida la Reproducción)



PRÓXIMO NÚMERO
EL SUGESTIVO ASUNTO

La Novela de una «Estrella» de Cine

PROTAGONISTA
MARION MACK

En esta internantialma
comedia han prestado
su cooperación gran
número de famo-
sos artistas de la
pantalla

POSTAL - REGALO
PAULINE FREDERICK

40 PÁGINAS - 10 FOTOGRAFÍAS

Precio 30 Cts.

LA NOVELA FILM sale todos los mar-
tes en toda España

Colecciones completas y números
sueltos alizados a precios corrien-
tes, de venta, en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, S.A.,
Barbora, 14 - BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España



ÚLTIMO GRAN ÉXITO DE LA
BIBLIOTECA FEMENINA

DE LA
NOVELA FILM

Los Diez Mandamientos

Lo más grandioso que se ha filmado.
Asunto altamente senti-
mental de positivo triunfo

Resonante éxito en el Santuario
COLISEUM, de Barcelona

112 PÁGINAS — 30 FOTOGRAFÍAS
PORTENTOSA TRICROMÍA

PRESENTACIÓN A TODO LUJO

PRECIO: 1 PESETA

Pida esta novela en todos los kioscos
y librerías de España y América. Si
no la encuentra, espere nuestra
reimpresión

Recuerde los anteriores volúmenes de
esta Biblioteca

LA MENDIGA DE SAN SULPICIO

LA MADONA DE LAS ROSAS

SUPLICADO

La Dirección de esta
novela recomienda a sus
distinguidos lectores que
compren, en cuanto
salga, el número-almana-
que de La Novela Se-
manal Cinematográ-
fica, nuestra compañera,
que aparecerá dentro de
breves días.

Auguramos un rotun-
do éxito a dicho número
de fin de año, con el que
se regalará un vistoso
álbum.

• NÚMEROS PUBLICADOS •

N.º	NOVELA	Portad-Resumo
1	Los Guapos o Gente brava	El joven Nedardus
2	Las dos riquezas	El Prisionero de Zenda
3	Vanidad Femenina	La Batalla
4	Los cuatro jinetes del apocalipsis	Los mensajes de la mujer
5	Las espigas de los hombres ricos	Violetas Imperiales
6	Derling, El Negro	Mary Pickford
7	En poder del enemigo	Thomas Heighan
8	Heliotropo	Bob Daniels
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lean
10	Por la puerta de servicio	Edith Clayton
11	Murmuración	Charles Ray
12	El Indomado	Virgil Martin
13	Cómo aman las Mujeres	Baron Arbuckle (Vally)
14	La fuga de la novia	Enid Bennett
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid
16	Juguetes del destino	Lucienne Legrand
17	El salón pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (Especial)	Mary Miles Winter
19	De forista a millonaria	Dustin Farnum
20	El Gran du Militeur Polair	Bessie Love
21	La coqueta irresistible	Ramón Vazarro
22	El secreto profesional	Mabel Normand
23	De cara a la muerte	Herbert Rawlinson
24	Valiente Llama de mi!	Lou Wilson
25	El canto del amor triunfante	Antonia Warren
26	El Detective	Pearl White (Polla Blanca)
27	El martirio del vivir	William Farnum
28	Odette (Especial)	Dorothy Phillips
29	Al borde del Abismo	Georges Biscot
30	El milagro de Lourdes	Agnes Ayres
31	El Caballo de Cartotas	Douglas Fairbanks
32	No Señor y Dueño	Constance Talmadge
33	La Madrecita	Rodolfo Valentino
34	La Pimpinela Escarlata	Shirley Mason
35	Gorrón de ciudad	J. Warren Kerrigan

